

CONGRESO DE CRÍTICA TEXTUAL

Sras y Sres.

Deseo expresar mi especial simpatía por el motivo de este peculiar encuentro que trata esencialmente de un asunto de libros. Y un asunto de libros, no sólo es afán de los filólogos sino también tema para todos los que hallamos en sus páginas el consuelo a vivencias humanas limitadas al aquí y al ahora. En efecto, quién podría negar que los libros poseen la virtud de multiplicar nuestra experiencia. Así lo figuró Borges, quien decía preciarse no de los libros que había escrito sino de los que había leído, en estas hermosísimas líneas de su célebre *Poema de los dones*:

Lento en mi sombra, la penumbra hueca

Exploro con el báculo indeciso

Yo, que me figuraba el Paraíso

Bajo la especie de una biblioteca

Quizá desde la ciega sombra de sus días, el poeta haya percibido con excepcional intensidad cómo los libros pueden proyectar nuestra imaginación hasta el punto de hacernos sentir capaces de vencer al paso inagotable del tiempo y a la muerte. Por ello mismo, es justo desempolvarlos de esa pátina de fetichismo que a veces los envuelve para así rescatarlos de una intangibilidad nacida de falaces respetos, olvidando que, si apreciamos los libros, es porque con la relación familiar a la que nos invitan la vida se enriquece y perdura.

¿Pero cómo librarnos de esa tristeza que reduce el valor del libro a un mero ornamento de culto o a un catálogo consagrado de lecciones irrecusables? ¿Cómo mostrar las trazas de esa insospechada vida que se halla cifrada en la oscura trama de los textos? Aquí viene en ayuda nuestra el quehacer filológico que, trascendiendo la cara explícita de los documentos, se dirige a comprender sus rasgos como las señales de una racionalidad que apenas deseaba mostrarse por escorzos.

Esta labor, ya bastante compleja para el tratamiento de las letras clásicas, adquiere caracteres singulares en cuanto se dirige hacia aquellos textos fundacionales del orbe novohispano, como son los textos coloniales y en particular las crónicas de Indias. Y la razón es que aquí ya no se trata únicamente de obtener el retrato más fidedigno del espíritu y de la lengua que les dio origen, sino de advertir, en sus minuciosas narraciones, los ecos de las voces tergiversadas, mayormente silenciadas, de los distintos actores de un momento histórico esencial como es el proceso de la conquista, resuelto en un conflicto entre diversas lenguas y mentalidades. Es asimismo el tiempo en que aparecen en América la escritura y el libro y, con ellos, un nuevo modo de construir la memoria, a través de cuyo tamiz las tradiciones orales primordiales llegan a nuestros días. Todo este panorama constituye una vertiente fecunda de problemas e interrogantes que exige al investigador una refinada observación, una delicada y erudita criba de todos los posibles

accesos y una intuición hermenéutica que, sin renunciar a ser creativa, sepa ser leal con el alma del objeto que escudriña.

Por todos es conocido el extraño escepticismo que, desde Europa, en las últimas décadas, propuso finalmente que debíamos reconocer en el lenguaje la carencia de sentido y de su valor vinculador entre los hombres, escepticismo cuyos artificios no pudieron hacer mella a la confianza en la palabra que es propia de la filología. Ésta, desde sus antiguos orígenes, ha comprendido que sin la mediación de un lenguaje certero no es posible articular sensatez alguna, ni remediar el silencio que los mensajes encierran. A la luz de estas circunstancias, hacer filología hoy es en buena medida ir a contracorriente de una cultura de alcances anecdóticos que, rendida ante su propia incapacidad para armonizar significados, pretendió redescubrir y glorificar el mundo de Babel. Es pues la respuesta filológica una pasión amorosa que busca conjurar la confusión y el desencuentro reafirmando con fuerza la crítica textual, para

mostrarnos perspectivas más amplias que ensanchan y precisan la comprensión ya establecida ello cuando, yendo más lejos, no nos abren hacia nuevos horizontes hermenéuticos.

Señores participantes, señores organizadores:

Quiero agradecer en nombre de la Universidad Católica su presencia y felicitarlos por el cumplimiento de este encuentro tan singular que, sobre la base de una variedad de temas, aborda finalmente un asunto esencial para el entendimiento de la cultura hispanoamericana. Saludo especialmente al profesor Ignacio Arellano, de la Universidad de Navarra, y a José Antonio Rodríguez, miembro de esta Casa, sobre quienes recayó la responsabilidad de coordinar la organización de este encuentro. Igualmente, deseo ^{agradecer} mencionar a nuestros profesores ~~Úrsula Ramírez, Carmela Zanelli, Óscar Mavila Luis Vargas y José Cárdenas~~, que ofrecieron con generosidad y entusiasmo su apoyo a este esfuerzo, así como a los distinguidos

invitados del extranjero que han aceptado compartir con nosotros el resultado de sus aplicadas investigaciones.

Siendo así que, más allá de las satisfacciones intelectuales propias de cada persona, la crítica textual nos permite un acceso riguroso al devenir espiritual de nuestra historia, la Universidad, cuya razón de ser incluye el rescate y el cultivo de los valores humanos a lo largo del tiempo, no puede menos que hacer plenamente suya aquella tarea. Por ello, constituye para mí motivo de sincera complacencia el declarar inaugurado este Tercer Seminario Internacional sobre la edición y anotación de textos del Siglo de Oro.

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR

Agosto 26, 1998